

término, tener debida representación en la Cámara Legislativa. A esto el señor Yglesias nos contestó, poco más o menos, lo siguiente:

«Por lo que ustedes me manifiestan he de comprender que los obreros se preocupan más de una representación de carácter político para fines aun indeterminados, al llevar a la Cámara uno o más representantes suyos, que de la realización pronta y segura de obras y mejoras determinadas que pudieran favorecer desde luego la condición de la clase obrera en general y que pudieran considerarse para lo futuro como base fundamental de una nueva era de dicha y prosperidad para el obrero costarricense. Llevar al Congreso uno o más obreros es cosa bien sencilla si de antemano se cuenta con el voto general de los sufragantes de cada provincia que habrá de elegirlos por el voto directo; más yo pregunto a ustedes ¿cuál es el programa que van a desarrollar en la Cámara esos diputados obreros? ¿La elección de esos mismos diputados no traerá en el cuerpo obrero disputas y disensiones que rompan su unidad de acción y la solidaridad entre ellos? Quién garantiza a los obreros que esos representantes suyos en la Cámara cumplirán debidamente su cometido cuando ellos mismos no saben a cual programa tendrán que sujetarse para cumplir con sus representados? Yo no quisiera ver en la Cámara Legislativa a obreros que en cuanto llegan a ella cambian su saco de obrero por la levita y la humilde gorra por la chistera y se limitan gozar del sueldo y de las preeminencias del puesto que ocupan; para esto no vale la pena que la «Confederación de Obreros» ponga en peligro al designar sus representantes, su existencia propia.

Con todo, y si a pesar de estas declaraciones, insisten los obreros en tener representación en el Congreso, yo aceptaría con gusto la designación que al efecto hicieran, no sin hacer observar que esta es promesa barata, por ser la que menos cuesta cumplir a cualquier candidato, que más avisado y conocedor de la índole de nuestro pueblo, encontrará en ella el medio de arrastrar obreros a su causa, sin preocuparse un ardite del resultado final que tal representación pudiera tener en beneficio efectivo de la clase obrera.

En cambio de esto yo quiero hacer saber a ustedes la siguiente declaración de los propósitos que me animan en favor de la clase obrera de cuya suerte y destinos me he preocupado más de lo que ustedes piensan en la larga carrera política que llevo: En primer lugar hay que considerar que la clase obrera forzada a vivir en las principales poblaciones de la República por ser en ellas donde ejerce su oficio y su industria, tiene que soportar lo caro de la vida de esos centros y estar expuesta de continuo a privaciones y sin sabores sin cuento, teniendo que habitar moradas de escaso aire y de ninguna condición higiénica y que soportar el peso de los mayores impuestos que rigen en esas mismas poblaciones. El obrero no tiene como el labriego ni la pureza ni la abundancia del aire del campo ni cuenta, como éstos, con viviendas y con alimentación relativamente baratas ni tiene la ventaja de vestir a su esposa y a sus hijos con la sencillez acostumbrada en los campos.

La esposa y la hija del obrero tienen con frecuencia que soportar de continuo la presencia funesta de la prostitución y del vicio que se anidan en los suburbios de las poblaciones, así como la mortificación producida por las exigencias del lujo en el vestir y las provocaciones de la constante diversión y del placer satisfechas tan sólo a costa de dinero.—(Continuará.)

El canto de los niños y los niños que no cantan

¿Habéis sentido brotar alguna vez una lágrima de emoción, de cariñoso entusiasmo, al oír las angelicales voces de los niños cuando cantan a la Patria en su día de gloria, como los pajarillos cuando reciben la mañana esplendorosa de un día de primavera? ¿Habéis asistido el 15 de Setiembre al Parque Nacional, cuando en los pechos infantiles y puros luce una hermosa banderita tricolor, diadema de honor y de orgullo con que podemos ornar nuestras frentes los costarricenses libres?

Pues bien, nosotros sí hemos asistido, y también hemos sentido en los párpados vacilantes la turbieza de esa lágrima de amor, pero más hondamente, porque mientras cuatro mil trescientos arpegios rompían la magestad de la altura en hurras a la Patria, otro número también considerable de criaturas—inerme fragmentos de la pobreza y la desigualdad, cascados del inmenso montón humano—escuchaban atónitos, casi sonrientes y tal vez dichosos porque aún no comprenden su infelicidad, el efusivo ritmo de sus ataviados coquecitas. Aquella otra legión de párvulos no tomaba participación en el inmenso coro juvenil, ni recibiría confituras, ni siquiera le era dable usar la meticolosa banderita, ni cantar a la Patria.

Mas, no importan la banderita ni las confituras, ni el canto porque todo eso es ocasional. Lo triste, lo lamentable es que no reciben la bendita instrucción de los maestros como los demás, es que no saben leer ni escribir porque la miseria—esa pantera invisible que acecha virtudes y devora conciencias—le ha arrebatado al niño las cuatro o seis horas diarias de colegio para sumergirlo en la esclavitud de la servidumbre, donde al amparo de un exiguo salario o con el afecto de aprender un oficio, van deslizándose inútilmente los preciosos tiempos de la infancia.

¡Oh infausta realidad! En los talleres tenemos los obreros compañeros de diez, doce y catorce años de edad. No reciben instrucción durante el año porque ya hace falta su esfuerzo pecuniario en el hogar, ¡pobre y triste hogar formado de una mujer sin esposo y con hijos!, átomos de amor que llegan al mundo sin ventura y que lo mismo da que fueran hijos de la selva o de un hombre; pedazos de carne incestuosa que vienen a aglomerarse en el arroyo de la vida común y vulgar.

Pero... ¿no hablábamos de los niños que no cantan? A qué traer a cuento a esos infelices hijos del viento, del antro y de la quimera que no tienen ni el apellido de su padre?

Es que esos son los que forman la mayoría de los que no cantan en el día de la Patria, ni comen dulces, ni saben leer...

¡Pobrecillos!

Talvez algún día se instruyan por su propio esfuerzo y entonces cualquier hombre sí se daría el honor de ser su padre...

Ovidio Rojas

La prensa sugestionada el suicidio

«El Herald del Atlántico», periódico que se publica en Puerto Limón, ha hecho un llamado sobre la influencia que ejerce la lectura de la prensa sensacionalista en el ánimo de los espíritus abatidos o tocados por su debilidad a ser los protagonistas del suicidio funesto o de la fatalidad en sus diferentes manifestaciones.

Quién lo niega?—Nadie.—Pero quién es capaz de sostener esa avalancha de ideas subversivas, noticiosas y de rica jactancia para el pueblo que las pide?—Nadie tampoco.

En Costa Rica está muy mal sembrado el periodismo, pues desde algunos años atrás no salen a la publicidad sino diarios y publicaciones puramente comerciales, traídas a la arena de la lucha para el negocio exclusivo. Y a eso desgraciadamente es a lo que está hoy acostumbrado el pueblo y eso es lo que el pueblo pide y lo que el pueblo paga, muchas a veces hasta con sacrificios.

Qué hacer ahora cuando esa corriente ha tomado su cauce con tan decidido empeño? Es como querer darle potages a un becerro que ha comido pasto toda la vida.

Esas luengas descripciones fantásticas de los crímenes, en que cual novela barata, sobresalen personajes, escondrijos misteriosos, correrías policíacas y todos los detalles e investigaciones; esa romántica información de un suicidio, en que salen a relucir hasta los papeles, las ropas y los secretos más íntimos del pobre desventurado que se quitó la vida, acosado cruelmente por la neurastenia, la pobreza o el amor; esa narración poco culta de cómo se llevó a cabo un robo, si de día o de noche, escalando una pared o rompiendo una cerradura; esa lectura bufona es la que se ha enseñado de algún tiempo a esta parte, con éxito ruidoso de la prensa mercantilista, porque es lo que hoy reclama el pueblo mismo y casi se hace indispensable ya en este ambiente de agitación en que se vive, observando la avidez con que fructifica esa semilla en los campos yermos de la ignorancia.

Las publicaciones que no traen la índole informativa o quijotesca, no tienen la acogida suficiente para mantener encendido el fuego del entusiasmo. Las letras en C. Rica permanecen en estado de decrepitud: desechamos un verso delicado y sentido para oír una cuarteta de turno. Una revista o un periódico ilustrado y culto,—dice el pueblo,—para qué si no tiene crímenes ni noticias sensacionales.

Como lo ve el colega de Limón, la prensa sensacionalista es influyente y germinadora de ideas malas, pero como el daño es inevitable sólo queda un camino de lucha en favor del pueblo: que la prensa de Costa Rica que no sea sensacionalista trate de hacerse campo por todos los medios posibles para ver si se forma otra parte poderosa que contrarreste el impulso del mercantilismo, y se llegue a parangonar el poder del Bien contra el poder del Mal.

Invitamos al colega a que penetre en la antesala de los ideales.

Los obreros de Cartago y el día de la Patria

Por el estrecho espacio con que contamos en este número, no damos publicidad a una reseña que nos manda un corresponsal amigo sobre los festejos obreros que se efectuaron en aquella ciudad el día de la Patria. Pero basta decir que fué una de las notas más altas de fraternidad y patriotismo que ha dado esa parte interesante y valiosa de los trabajadores de Costa Rica; que visitaron a los pobres presidiarios para prodigarles el bálsamo de su consuelo; que hubo recitaciones, cantos y música, en que se hacía sentir la honda felicidad del patriotismo.

En fin, que los obreros de Cartago han demostrado palmariamente lo progresistas y activos que son organizando fiestas de esta índole, que vienen a dar fuerza y vigor al engrandecimiento que se abre paso en el camino de la civilización y del progreso que es un conjunto de verdades conquistadas

La fiesta de los tipógrafos

El domingo por la noche en los salones del Club Sport «La Libertad», hubo uno de esos torneos del Arte en que fulgura la cultura y el entusiasmo.—Querían los tipógrafos en compañía de los demás trabajadores, dar un poco de expansión al alma en la noche misma en que había de llegar el aniversario glorioso de la Patria.

Pero tenía que haber algo que a manera de prólogo despertara el entusiasmo de la concurrencia, y fué el Dr. Coello quien con su palabra fácil y galana dió principio a la fragancia de la fiesta. Con atinado criterio habló de la memoria de don Juan R. Mora y sus proezas de genio, haciendo reclamo justo de esas pinceladas de olvido que han dado al noble prócer en el lienzo del recuerdo.

Las notas musicales rompieron la quietud de la meditación y en un feliz vaivén se llegó a las horas frescas de la madrugada, cuando ya la noche descorría su negro poncho para que apareciera la aurora radiante del 15 de setiembre

Resonancias centro-americanas

DESDE NICARAGUA

Tomamos de «El Independiente» de León, Nicaragua, el siguiente suelto:—«Existe en Costa Rica una «Sociedad Tipográfica de Socorros Mutuos», con sede en San José. Lleva de fundada cinco años y cumple religiosamente con sus magnánimos fines. Se ha construído últimamente un mausoleo mediante la iniciativa de uno de sus más aventajados miembros, bajo el cual dormirán los socios el último sueño. Nos dá envidia esa formalidad de nuestros hermanos los obreros «ticos» en todos los actos de su vida. ¡Ah que pudieran imitarlos los impresores nicargüenses!»—Vaya una ligera explicación para nuestro colega nicargüense «El Independiente»:—La «Sociedad Tipográfica de Socorros Mutuos» fundada en esta capital el 28 de mayo de 1908, avanza con notable empuje.—Débense en primer término sus adelantos a la nunca desmentida perseverancia de los asociados y a la cordura y honradez de los que han figurado en la Junta Directiva, la cual se elige por mitades cada semestre.

Imprenta de «La Aurora Social»